

La Arqueología del Paisaje en España: caso abierto

Reseña de: BURILLO MOZOTA, F. (ed.) (1998): *Arqueología del Paisaje. Comunicaciones del 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial (Teruel, 1998). Arqueología Espacial, 19-20. Teruel.*

Antonio Uriarte González

Departamento de Prehistoria UCM

La denominada *Arqueología del Paisaje* ha ido cobrando en los últimos años una popularidad notable en el ámbito español. Prueba de ello es la celebración de este coloquio en Teruel del 14 al 16 de septiembre. Supone la primera reunión dedicada en España expresamente a dicho tema. No es casual su celebración en Teruel y su organización por el Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, bajo la dirección del profesor Francisco Burillo Mozota, de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de Teruel, ya que prosigue con la línea iniciada en 1984 con el "Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos", destinada a potenciar el enfoque espacial en Arqueología en España. Esta iniciativa dio lugar, asimismo, a la creación de la revista "Arqueología Espacial", en la cual se han publicado, entre otros trabajos, las comunicaciones e intervenciones de los citados coloquios. Cabe encuadrar estas actividades dentro de una tendencia más amplia, que es la introducción en la arqueología española, desde principios de los ochenta, de las corrientes teóricas procedentes del extranjero, fundamentalmente del ámbito anglosajón. Dicho interés fue potenciado desde focos académicos muy concretos, entre los cuales se cuenta el Seminario de Arqueología y Etnología Turolense. Esta línea ha experimentado una evolución lógica, la cual se advierte en la aparición del término *Arqueología del Paisaje*, frente al ya algo trasnochado de *Arqueología Espacial*.

Al interés del contenido del coloquio hay que sumar otra virtud, relativa a la dinámica de la celebración. Me refiero a la publicación de las actas con anterioridad a la celebración, de forma que los asistentes pueden acudir conociendo el contenido completo de las comunicaciones y el tiempo del coloquio se dedica en su totalidad al debate. Me parecen obvios la frescura y el dinamismo que dicha práctica imprime a una reunión científica. Se espera la pronta publicación de las intervenciones en la revista "Arqueología Espacial".

La convocatoria, como el propio Burillo señala en la "Introducción", es abierta. Un comité científico examina y selecciona las comunicaciones. En este coloquio el comité estaba integrado por cinco destacados representantes de la Arqueología del Paisaje en España. Éstos

son Miquel Barceló, de la Universidad Autónoma de Barcelona, Felipe Criado, de la Universidad de Santiago de Compostela, Arturo Ruiz, de la Universidad de Jaén, y Javier Sánchez-Palencia y Juan Vicent, del Centro de Estudios Históricos del CSIC. Tanto la organización como el comité científico son una muestra muy representativa de los investigadores y los centros españoles desde los que se practica la Arqueología del Paisaje. Cada una de las comunicaciones seleccionadas fue asignada *a posteriori* a alguna de las cinco secciones en que se articulaba el coloquio, cada una de las cuales cuenta con una introducción escrita por alguno de los miembros del comité. Las secciones son "Teorías, métodos y técnicas", "Entornos", "Poblamiento", "Espacios agrarios" y "Espacios simbólicos". Aunque el coloquio es internacional, la mayoría de las comunicaciones proceden del ámbito español. Este libro, por tanto, supone una buena muestra del estado de la investigación en Arqueología del Paisaje en nuestro país.

A la hora de valorar las comunicaciones presentadas, cabe hacerse la siguiente pregunta: ¿Muestran una práctica de la Arqueología del Paisaje coherente y fecunda? Las introducciones de los miembros del comité científico, así como algunas de las comunicaciones, suponen una reflexión interna en torno a este asunto. Julián Ortega, por ejemplo, señala:

La Arqueología del Paisaje, por supuesto, no existe; o, mejor, debería decir que no existe ningún "área de conocimiento" propio de la Arqueología del Paisaje. Ni sus métodos le son propios, ni existe campo de conocimiento alguno que pueda adjudicarse para sí de forma exclusiva e intransferible. La única Arqueología del Paisaje que existe es la que generan aquellos que se autodenominan arqueólogos del paisaje [...]. Se trata, pues, de un resultado, no de una premisa (Ortega, 1998: 33).

En mi opinión, la solidez de los resultados depende de la existencia de un cuerpo teórico de referencia y del grado de definición de éste. Teoría sobre Arqueología del Paisaje no falta, tanto en España como en el extranjero, pero ello no es condición suficiente para la existencia de unos fundamentos asumidos y compartidos por la comunidad científica, al estilo de un *paradigma*, en el sentido que le da Kuhn (1975). Hay que reconocer que la disensión es lugar común en el seno de las Ciencias Humanas, las cuales no "gozan" de la práctica unanimidad teórico-metodológica que se da en las Ciencias Naturales. Sin embargo, la discrepancia tiene un límite y toda disciplina del saber ha de fundamentarse sobre un mínimo de principios genéricos, al menos en lo que al estatus ontológico del objeto de estudio se refiere (Sperber, 1992: 56).

La Arqueología del Paisaje es, ante todo, Arqueología. Como tal, tiene como cometido el conocimiento del comportamiento humano a partir del estudio de las huellas materiales que éste deja, a las cuales denominamos registro arqueológico. Por consiguiente, la Arqueología del Paisaje tiene su razón de ser en el reconocimiento, implícito o explícito, de que eso que denominamos paisaje, como resultado de la acción humana sobre el medio material, es

registro arqueológico (Vicent, 1998: 165). En síntesis, todo el paisaje es registro arqueológico. Esta máxima justificaría la existencia de la Arqueología del Paisaje como práctica autónoma. Ahora bien, dicha autonomía se ve comprometida si invertimos los términos de la frase. Y podemos hacerlo. Todo objeto arqueológico es, en realidad, resultado de la modificación de algún elemento del medio por la acción humana. Por poner un ejemplo tomado del registro arqueológico convencional, un vaso cerámico es, a nivel material, el producto de la transformación mecánica y química de cierta cantidad de arcilla. Por consiguiente, todo el registro arqueológico es paisaje. Como dice, por ejemplo, Miquel Barceló (1998: 397) en la introducción a la sección "Espacios agrarios", "resulta que el paisaje puede ser cualquier cosa con tal que sea una secuencia espacial supuestamente mensurable". Si asumimos, por tanto, las dos máximas, se produce una identidad entre registro arqueológico y paisaje que hace innecesaria la existencia de una arqueología enfocada específicamente al segundo.

Sin embargo, la Arqueología del Paisaje se practica explícitamente, por lo que alguna razón de ser tendrá; algo deben de compartir los trabajos amparados bajo dicha etiqueta, aunque no sea más que un cierto parecido de familia informal. Dicho parecido viene dado, a mi entender, por la escala. La Arqueología del Paisaje supone, respecto a la Arqueología convencional, una ampliación de escala que podemos desglosar en dos niveles, el espacial y el comportamental. A nivel espacial, pasa de lo puntual a lo global; considera de interés arqueológico la totalidad del contexto espacial, no sólo localizaciones concretas. A nivel comportamental, pasa de lo intensivo a lo extensivo; no se limita a las áreas donde se da una especial concentración de los resultados materiales de la actividad humana, sino que considera la totalidad del escenario. Sintetizando, lo que tenemos es la sustitución, como unidad metodológica, del *yacimiento arqueológico*, de carácter localizado e intensivo, por el *paisaje*, que tiene un carácter global y extensivo y, por tanto, incluye y supera al primero.

Hay algo en el paisaje que, por su condición de registro arqueológico, no se puede obviar: la actividad humana. Ello no resulta problemático cuando hablamos, por ejemplo, de espacios de habitación o de espacios agrarios. Sin embargo, hay un campo en el que sí lo es: el de los *entornos*. Empleo este término porque es el que se ha utilizado, muy oportunamente en mi opinión, para titular la sección dedicada al papel de las técnicas de reconstrucción paleo-ambiental en la Arqueología del Paisaje. Su utilización en el estudio de los entornos ha de hacerse desde una perspectiva arqueológica, no ambiental; en otras palabras, haciendo referencia a las actividades humanas con ellos relacionados. Basándonos en esta premisa, podemos asumir las siguientes palabras de Juan Vicent, en la introducción a la sección "Entornos":

[En Arqueología del Paisaje] las disciplinas paleo-ambientales tienen un papel central, no ya como disciplinas auxiliares, sino como métodos propiamente arqueológicos. Su función no es ya suministrar datos externos al registro arqueológico

sino extender la condición de tal a la totalidad del paisaje en cuanto síntesis de factores naturales y sociales. Esto exige en primer lugar que los problemas específicos que plantea la observación de los factores biogeográficos en el pasado pasen a primer plano en la toma de decisiones para el diseño de los programas de investigación (Vicent, 1998: 166-167).

Algunas de las comunicaciones de dicha sección no se ajustan a esta idea, ya que se limitan a cuestiones de reconstrucción paleo-ambiental. El tipo de estudio que recibe el paisaje, en estos casos, es el mismo que, tomando el caso de la arqueología convencional, recibiría un vaso cerámico cuyas pastas son objeto de un análisis químico con la mera intención de saber de qué está hecho, pero sin la más mínima de saber quién lo hizo, cómo y por qué. Resultan muy ilustrativas, a este respecto, las siguientes palabras de Tim Ingold:

Es, evidentemente, demasiado simple suponer que la forma del árbol viene dada de forma natural en su estructura genética [...]. Su crecimiento consiste en el despliegue de todo un sistema de relaciones constituidas por el hecho de que se halla presente en un ambiente, desde el momento de la germinación en adelante, y de que la gente, como componente del ambiente del árbol, juega un papel nada insignificante en este proceso (Ingold, 1993: 169-170).

La Arqueología del Paisaje ha de afrontar, por tanto, un primer reto: el salto de lo ambiental a lo arqueográfico, esto es, de la cosa meramente material al reconocimiento de que hay algún tipo de acción humana relacionada con ella.

La mayoría de las comunicaciones cumplen el reto "arqueográfico": hablan de elementos del paisaje en los que se reconoce de forma directa la actividad humana. Desde la óptica del sentido común no podía ser de otro modo: la arqueología tradicional buscaba vasos cerámicos, no concentraciones de fosfatos. Pero, por esto mismo, cumplen el reto de forma asistemática. Los objetos del paisaje, al igual que los objetos del registro arqueológico convencional, son tópicos, están conceptuados desde una óptica, podríamos decir, familiar. La arqueología convencional o del yacimiento presta atención a los artefactos y a los espacios construidos; la Arqueología del Paisaje, a los poblados, los campos de cultivo y los caminos. Escasean las visiones sistemáticas, a la vez analíticas e integrales, del paisaje. A mi parecer, apenas hay teoría del paisaje en el coloquio, ni formulada, ni citada, ni, por supuesto, asumida en la práctica.

Dentro de esta búsqueda de sistematizar el estudio del paisaje, me parece interesante la integración de lo simbólico como un nivel indisociable, necesariamente presente. Dicha iniciativa parte del Grupo de Investigación de Arqueología del Paisaje de Santiago de Compostela, dirigido por Felipe Criado:

Mejor que hablar de espacios simbólicos sería hablar de la simbología del espacio. Pues los espacios simbólicos no existen ni existieron, sino que simplemente el espacio social ha poseído siempre entre sus plurales dimensiones una dimensión simbólica (Criado y Santos, 1998: 503).

Una modelización sistemática del paisaje completaría el reto "arqueográfico". Sin embargo, ello no es condición suficiente para hacer Arqueología del Paisaje. Queda un segundo reto: el paso de lo arqueográfico a lo antropológico (Binford, 1962). Éste consiste en cumplir el propósito central de la Arqueología: conocer el comportamiento humano a partir del registro arqueológico. Por tanto, el objetivo de la Arqueología del Paisaje no es el conocimiento del paisaje, sino el del comportamiento humano. La Arqueología del Paisaje, pese a su apariencia novedosa, puede incurrir en el error de establecer como objetivo último el conocimiento del paisaje, reproduciendo, a otra escala, el talante formalista de las arqueologías anticuarista y descriptiva, como señalan Almudena Orejas (1998) y Julián Ortega (1998) en sendas comunicaciones del coloquio. Es el caso de aquellos trabajos exclusivamente preocupados en la documentación de lo morfológico, de las estructuras visibles. También viene al caso, a este respecto, la cuestión del uso y abuso de las nuevas tecnologías. ¿Hasta qué punto se usan como herramientas de un ejercicio de virtuosismo descriptivo? (González Pérez, 1998: 75).

En realidad, el reto "antropológico" es más un problema de grado que de cualidad. El mero reconocimiento de un objeto arqueológico ya supone en sí mismo un gesto antropológico, en el sentido de que se "intuye" una acción en una cosa material. El meollo de la cuestión está en hasta dónde se llega con dicho gesto, a qué niveles de explicación y de generalización. Aunque, por supuesto, el panorama es mucho más heterogéneo, se puede distinguir tres niveles en la consecución del reto. En las comunicaciones del coloquio se pueden encontrar ejemplos de los tres. El nivel más simple, rayano en la más pura arqueografía, es de tipo *puntual*; consiste en el mero reconocimiento del objeto arqueológico, por ejemplo, una parcela de cultivo. El segundo nivel, que denomino *relacional* o *contextual*, consiste en la constatación de una relación significativa entre dos o más categorías de objetos arqueológicos; por ejemplo, entre determinados tipos de tierras y determinados lugares de habitación. De dicha relación se puede entresacar algún aspecto del comportamiento del grupo estudiado. Por último, está el nivel *global*, en el que todos los elementos analizados y sus relaciones se explican dentro de una lógica o un sistema integral, tomado de alguna teoría antropológica, sea el funcionalismo, el materialismo histórico, el estructuralismo o cualquier otra.

En suma, la Arqueología del Paisaje, en el fondo, hereda la problemática de la arqueología convencional, sólo que a otra escala. Dicha problemática es el reto de elaborar conocimiento sobre el comportamiento humano a partir del registro arqueológico. Esta difícil tarea deriva, con más frecuencia de la deseada, en una desorientación en cuanto a lo que se quiere saber.

Ello suele conducir, en numerosas ocasiones, a deslavazados ejercicios de bricolaje, a amalgamas de datos y métodos sin una orientación clara. Parte de las comunicaciones de este coloquio presentan, en mayor o menor medida, esta limitación; otras suponen el desafío, más o menos afortunado, de superarla. La Arqueología del Paisaje, en España, sigue siendo caso abierto.

Referencias bibliográficas

- BARCELÓ, M. (1998): "Espacios agrarios". *Arqueología Espacial*, 19-20: 397-398. Teruel.
- BINFORD, L. R. (1962): "Archaeology as Anthropology". *American Antiquity* 28(2): 217-225.
- BURILLO MOZOTA, F. (1998): "Introducción". *Arqueología Espacial*, 19-20: 5-6. Teruel.
- CRIADO BOADO, F. y SANTOS ESTÉVEZ, M. (1998): "Espacios simbólicos". *Arqueología Espacial*, 19-20: 503-505. Teruel.
- GONZÁLEZ PÉREZ, C. A. (1998): "GIS, Arqueología y Paisaje: una crítica constructiva". *Arqueología Espacial*, 19-20: 71-77. Teruel.
- INGOLD, T. (1993): "The temporality of the landscape". *World Archaeology* 25(2): 152-174.
- KUHN, T. S. (1975) [1962]: *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- OREJAS, A. (1998): "El estudio del Paisaje: visiones desde la Arqueología". *Arqueología Espacial*, 19-20: 9-19. Teruel.
- ORTEGA ORTEGA, J. M. (1998): "De la arqueología espacial a la arqueología del paisaje: ¿Es *Annales* la solución?". *Arqueología Espacial*, 19-20: 33-51. Teruel.
- SPERBER, D. (1992): "Culture and matter". En J. C. Gardin y C. S. Peebles (eds.): *Representations in Archaeology*. Indiana University Press. Bloomington: 56-65.
- VICENT GARCÍA, J. M. (1998): "Entornos". *Arqueología Espacial*, 19-20: 165-168. Teruel.